N.º 3 Tomo I

EL UNIVERSO ILUSTRADO

LUÍS TASSO, EDITOR, ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23

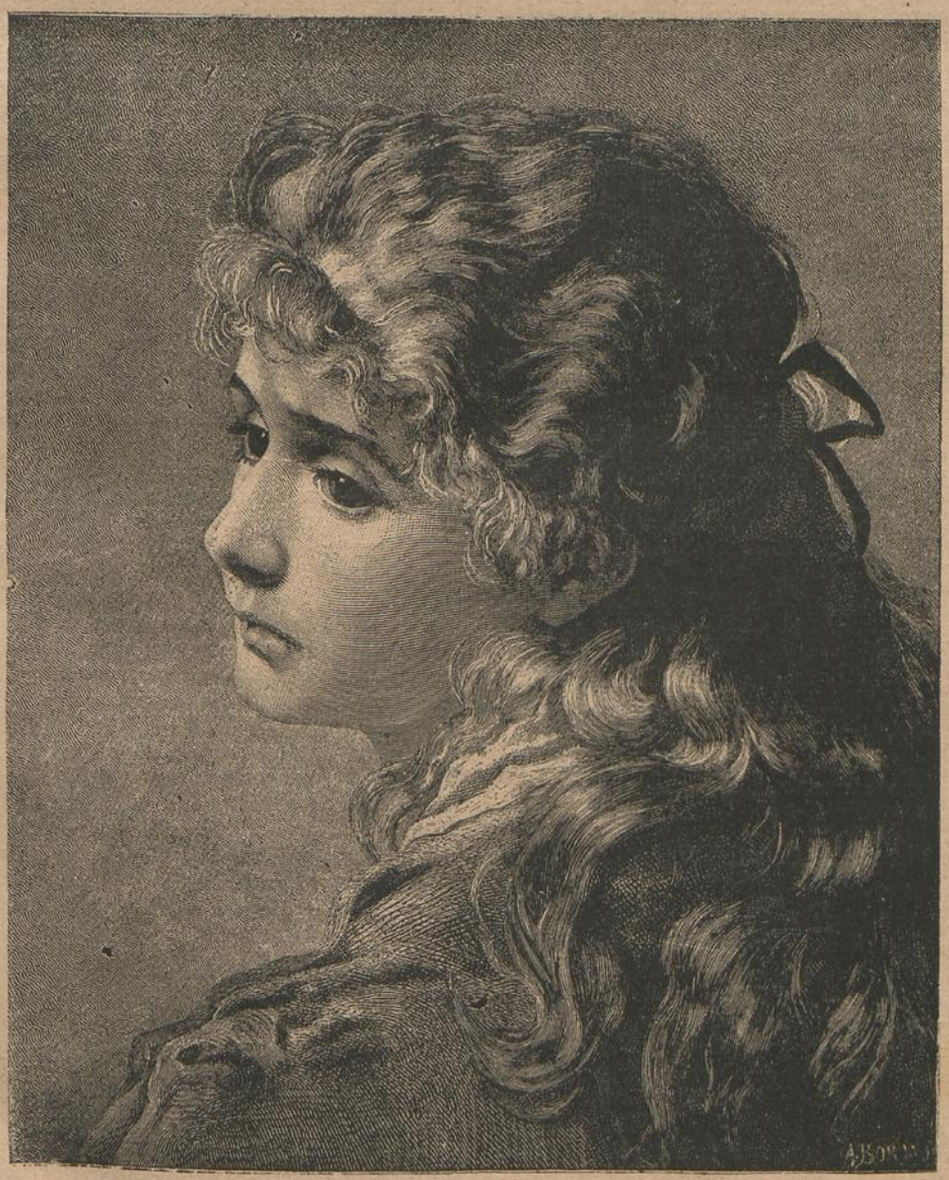
BARCELONA

5 céntimos
el número en toda España.

15 números
50 céntimos en toda España.

SUSCRICIÓN: En España **4 pesetas** al año. En el extranjero **8 pesetas.**
Las suscriciones sólo se sirven directamente. Los pedidos deben pagarse por anticipado. No se atenderán las cartas que no vengan acompañadas de un sello para su contestación.

21 de Octubre de 1886 | SE PUBLICA TODOS LOS JUEVES | 21 de Octubre de 1886



GALERÍA DE BELLEZAS FEMENINAS.—II.

Biblioteca Nacional de España

SUMARIO:

TEXTO.

Filosofía de un salvaje, por *E. D. C.*—Los que cantan peteneras, por *D. Enrique Sepúlveda*.—Pensamientos, por *D. Francisco de Quevedo Villegas*.—Mesa revuelta.—Curiosidades.—Conocimientos útiles.—Los dos rivales *(continuación)*, novela por *Gustavo Aimard*.—Pasatiempos.—Anuncios.

GRABADOS:

Galería de bellezas femeninas.—No la hagas y no la temas.—Don Miguel escuchando á las dos jóvenes tras el seto.

FILOSOFÍA DE UN SALVAJE.

En las narraciones que de sus viajes por Africa hace el célebre misionero inglés Samuel Baker, ocurre un diálogo entre el perseverante misionero y un inculto africano, en el que á la vez resalta tanto el sano criterio del último, como la ingenuidad y el decidido amor á la verdad del primero, que fielmente trasmite á su piadoso público inglés tales incidentes. Commora, hermano del caudillo africano Moy, y uno de los más perspicaces de su cepa, respondió á la pregunta que Baker le hizo de si creía en la vida venidera: «¡Vida venidera! ¿Puede un muerto levantarse de su tumba?»

Baker.—«¿Creeis pues que el hombre muere y concluye como un animal?»

Commora. —«¡Ciertamente! Un buey es más fuerte que un hombre, pero muere. Sus huesos tienen mayor duración, porque son más sólidos. Los huesos humanos no resisten tanto á la acción del tiempo, porque son más endebles.»

B.—«¿No es pues un hombre superior á un buey? ¿No tiene un espíritu y una conciencia?»

C.—«Hay hombres más torpes que un buey (!) El hombre tiene que sembrar para procurarse alimento. El buey y los animales salvajes se lo procuran sin tal requisito.»

B.—«¿No creeis pues en qué teneis un espíritu que es superior á vuestro cuerpo? Cuando dormís ¿no os trasportais en sueños á lugares lejanos, no obstante que vuestro cuerpo permanece inmóvil? ¿Cómo explicais eso?»

C.—(Sonriendo). «Ignoro cómo se conexiona eso, no obstante que lo experimento todas las noches.»

B.—«El espíritu está independiente del cuerpo; este muere, se convierte en polvo, ó sirve de pasto á los animales; pero el espíritu es inmortal.»

C.—«¿Y en dónde residirá el espíritu?

B.—«¿En dónde reside el fuego? ¿No podeis producirlo frotando dos maderos no obstante que en los maderos no percibís fuego alguno? ¿No teneis idea de la presencia de espíritus superiores? ¿No os da espanto el mal proveniente de causas incorpóreas?»

C.—«No temo sinó á los elefantes y demás fieras al tropezarlas de noche en la espesura de las selvas. Fuera de esto á nada temo.»

B.—«Así, pues, tampoco creeis en los espíritus buenos ni en los malos. Os parece que todo concluye con la muerte, y que después de esta no estareis mejor que un animal; ó que ambos, al morir, quedan totalmente aniquilados.»

C.—«En efecto, así lo creo.»

B.—«¿No hallais diferencia alguna entre las acciones buenas y las malas?»

C. —«Oh sí; tanto en los hombres como en los animales los hay buenos y malos.»

B.—«¿Os parece que después de la muerte sufrirán la misma suerte, sin distinción alguna, los buenos y los malvados?»

C.—«¿Y cómo han de evitarlo? ¿Cómo pueden escapar á la muerte? Buenos y malos, todos tienen que morir.»

B.—«Sus cuerpos mueren; pero sus almas sobreviven, para la bienaventuranza, las de los buenos; para la expiación las de los malvados. Sin la creencia en la vida futura ¿qué objeto habría en ser hombre de bien, cuando de la maldad, si todo concluye aquí, tanto provecho puede sacarse para la vida presente?

C.—«La generalidad de los hombres son malos. Si son fuertes despojan á los débiles. Estos son los buenos, y lo son, por no tener fuerza y valor suficiente para ser malos.» (!)

B.—(Haciendo con el dedo un hoyo en la tierra é introduciendo allí una semilla). «Este grano os representa cuando murais. Os figurais que el grano perece; pero de él germina una planta que dará granos de la misma especie.»

C.—«¡Perfectamente bien! Eso sí lo entiendo; pero el grano original no renace, sinó se pudre y concluye como un hombre muerto. Su fruto no es el mismo grano que habeís sembrado, sinó uno parecido. Lo mismo sucede con los hombres. Yo muero y desaparezco; pero mis hijos crecen como el fruto de esta semilla; y así como hay hombres que no tienen hijos, así hay semillas que se consumen sin dar fruto; pero todo perece.»

Aquí dió fin Baker á su diálogo, persuadido de que era infructuoso proseguirlo. «En el alma de este desnudo salvaje, agrega, no había la menor idea de superstición de que pudiera valerme para inspirarle algún sentimiento religioso. Sólo creía en el mundo material, resistiendo su entendimiento á cuanto fuese inmaterial; pero me quedé atónito al hallar mezclados un juicio tan claro y una falta tan absoluta de creencias en un mundo ideal.»

E. D. C.

LOS QUE CANTAN PETENERAS.

No vayan ustedes á figurarse que son cantatrices, cantarinas ó *cantaoras*. Son simplemente hijas de familia honrada, señoritas nobles ó plebeyas ó de la mesocracia, á quienes sus madres excitan á cantar por lo bronco, en crudo armónico, la canción soñadora y regalada de la gitana que se desayuna con tomates y bebe cañas de aguardiente de idem.

Estas artistas anónimas, muchas de ellas ex-alumnas del Conservatorio, no van al teatro á lucir su ronquera, porque esto picaría demasiado hondo. Se contentan con entusiasmar á sus contertulios de medio pelo; por supuesto, haciéndose de rogar para empezar la romanza.

—Vamos, cante usted unas peteneras.

—Si no estoy en voz...

—Vamos, que cante usted; se lo pedimos con mucho aquél.

Y la madre, que no falta á la tertulia, interviene diciendo:

—Niña, no seas fastidiosa; canta lo que sepas.

Y la niña, que ya es moza talludita—¡cómo que se confiesa hace diez años!—y es hermana de Santa Rita de Casia, saca de la alcoba una vihuela templada á prevención, y haciendo una ronca, á estilo de Jaen, entona, acompañándose de las cuerdas, el consabido

Señor Alcalde mayor...

Nadie diría que aquella voz vinosa y quebrada fuera la de una señorita, émula del ruiseñor cuando no había peteneras por el mundo; pero el *chic* del cante flamenco consiste precisamente en deletrear palabras, con gruñidos nasales; y en acentuarlas con cadencias bravas, como las de la brama de ciertos antílopes.

La cantaora termina la copla con un resoplido que afecta la sensibilidad de los oyentes, y la piden que cante más, por bien parecer; *bis*, *bis*, y canta de nuevo hasta que se rompe el bordón de la vihuela y ya no puede seguir. Entonces llueven aplausos y *¡olés!* sobre la improvisada gitana, más ó menos flamenca, y la madre tiene que tomar una copita de anís del mono para evitar un ahogo de satisfacción.

***

El tipo de la petenera es de estructura artística con ribetes cómicos. Los ribetes no los da ella, sinó la madre, y cuando los da es en proporciones que alarman.

Voz que pudo ser blanca *ab initio*, pero que se oscureció con el abuso y se volvió negra; tono de tiple esfogatto en fabordón, un absurdo; es decir, que aunque parece tiple no lo es, ni tampoco bajo por falta de cuerpo en la voz, si bien no le falta voluntad ni deseo de serlo; voz rebelde al estudio, inclinada á gallos en escala descendente, que trina á golpe seco como el cuco y hace fermatas airadas con apoyaturas de

Biblioteca Nacional de España

hormigón y da el *dó* de garganta, de capiscol ó de salmista, que no de pecho; voz hueca, gutural, espasmódica, sin timbre ni claro oscuro; voz de catarro crupal, respiración de bronquitis de gallina llueca, de cigarra friolera, de todo, menos de mujer artísticamente preparada para emitir notas como perlas y acentos de sentidos del alma, como los que emitia la Nilsson en *Mignon*.

A propósito de la Nilsson. Cuando estuvo en Madrid, quiso aprender algunos aires españoles. A la sazón privaban más que hoy las peteneras, y se acudió á Juan Breba para que la facilitase á la gran artista una maestra de *cante* curtida en el ritmo. El asombro de la Nilsson fué grande cuando escuchó á una mozancona de rumbo, gitana por los cuatro costados y hombruna por demás, unas peteneras *roncadas*, que no cantadas, con melancólico donaire. Los gañidos y los *¡ay ay!* fueron tales, que la Nilsson renunció á aprender lo que la dijeron que eran aires de la patria española.

***

En algunas reuniones de buen tono en que se rinde culto al arte y á la novedad, se tuvo el valor heróico de introducir las peteneras como atracción suprema del gusto del día, no del buen gusto. Se invitó á jovenes patricias para que cantaran la melopea del Perchel, y la cantaron remedando el quiebro de voz de una célebre zarzuela, y obtuvieron triunfos como los del café cantante, y acabaron por perder la voz, porque á fuerza de embravecer la tonalidad natural, se quedaron roncas para *in æternum*, y eso que no rociaron la gola con Manzanilla del Puerto, según manda el ritual.

Ya no hay apenas peteneras de salón, ni jóvenes aristocráticas que se atrevan con la magencia atezada de ese canto egipcio. Si queda alguna señora dando pruebas de impenitencia, no es ciertamente por amor al ritmo gitano, sinó por recurso con las displicencias y decaimientos conyugales de algún Eneas, hastiado de música clásica y de bebidas suaves.

En cambio las patronas de las casas de huéspedes que tienen hijas, cultivan con verdadero furor el ladrido flamenco. A la hora de comer, á la de cenar, siempre que hay huéspedes, Lolita pulsa la guitarra y entona mirando al cielo, con voz de canónigo afónico, el preludio de los *Cairones*.

La patrona ensalza el talento de su pimpolla, que no canta ya en el teatro porque á su linaje no le está bien, y acaba por llorar de emoción pensando en lo que gozaría su pariente, si viviera, oyendo cantar á la niña. Los huéspedes comen y callan, llevando el compás con las copas, como en *Niña Pancha*, y en cuanto termina el concierto en el comedor, empieza en la cocina, sostenido á grito pelado por la cocinera, que es un primer premio en peteneras sin acompañamiento de guitarra.

. . . . . .

Sirva de gobierno, por si queda ahí oculta alguna aficionada, que las peteneras han descendido de las cocinas á las cocheras, y que las cantan con aullidos inciviles los aguadores, los barrenderos y los rancheros.

Y no digo más, porque lo dicho sobra, habiendo caído ya del repertorio de los salones y de las casas decentes, el canto insigne de las tripicalleras, el predilecto de las andaluzas, el de las castañeras... sin picar, el de las damas ambiguas que comulgan con manzanilla y leen revistas de toros (1).

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

(1) De la *Correspondencia musical*.

PENSAMIENTOS.

El entendimiento bien informado guía á la voluntad, si le sigue. La voluntad, ciega é imperiosa, arrastra al entendimiento cuando sin razón le precede. Es la razón, que el entendimiento es la vista de la voluntad; y si no preceden sus ajustados decretos en toda obra, á tiento y á oscuras caminan las potencias del alma.

—

Es tal la miseria del hombre, que en gran lugar no se conoce ni se precia de conocer á nadie; y en miseria todos se desprecian de conocerle, y se desentienden de haberle conocido.

—

En la prosperidad puede uno ser cuerdo, y lo debe ser; mas pocas veces lo vemos.

—

Menos mal hacen los delincuentes que un mal juez. Cualquier castigo basta para un ladrón y un homicida; y todos son pocos para el ministro y el juez que, en lugar de darles castigo, les da escándalo. El mal ministro acredita los delitos y disculpa los malhechores; el bueno escarmienta y enfrena las demasías.

—

Quien hace una cosa mal hecha, si en conociéndola pone enmienda en ella, muestra que la hizo porque entendió que era buena, y es el castigo santa disculpa de su intención; mas quien la lleva adelante, viéndola mala y en ruín estado, ese confiesa que la hizo mala por hacer mal.

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

MESA REVUELTA.

Eduardo enamora á Juana. La madre de Juana descubre que Eduardo está casado. Lágrimas de la niña, que, al parecer, se había enamorado. En esta situación las cosas, Juana y su mamá van al Parque y tropiezan con Eduardo, que se está paseando con un amigo. Juanita dirige una mirada.

—¿Qué es eso? la dice la mamá, ¿no te he dicho que ni siquiera le has de mirar? ¡Es un hombre casado!

—¡Pero mamá, su amigo quizá sea soltero!

***

LA LECHE DE BURRA.—Todos saben que la leche de burra es un excelente medicamento para curar ciertas enfermedades de las vías respiratorias y para normalizar en algunos individuos las funciones del aparato digestivo; pero no todos saben cuándo y con qué ocasión comenzó á usarse.

Hallándose Francisco I de Francia muy endeble y muy molestado por una afección, un médico judío que le asistía, le ordenó el uso de la leche de burras. El remedio produjo efectos rápidos y maravillosos; el rey recobró la salud en poco tiempo, haciéndose lenguas ante los palaciegos de las virtudes extraordinarias del singular medicamento.

Los cortesanos, que no conocían límites en lo de imitar lo que hacía su señor, dieron en tomar como él leche de burras, y al cabo de poco tiempo no sólo era costumbre, sinó indicio de buen tono, poseer uno de estos graves animales en compañía de los caballos de lujo.

El rebuzno oído en casa grande, era señal de distinción y elegancia.

Un aristócrata que halló alivio con el uso del sabroso líquido, compuso una cuarteta, muy mala por cierto, en que decía en sustancia: «Debo más á los asnos que á la Facultad.» La moda se extendió pronto por toda Francia y toda Europa.

***

Una señora demasiado preocupada con el porvenir de su hijo, quiso que un frenólogo le examinase el cráneo. El profesor dió principio á su tarea, y luego que la hubo concluído, dijo á aquella:

—Señora: por lo desarrollado que tiene su hijo de V. este bulto, le digo que no aprenderá nada, pues ese bulto revela que el pobre chico es muy bruto.

—¡Pero, señor, dice la madre, si ese bulto lo tiene desde ayer que dió una caída y llevó ese golpe!

—Más áun en mi favor, respondió gravemente el frenólogo, pues eso prueba que tiene la cabeza muy dura.

***

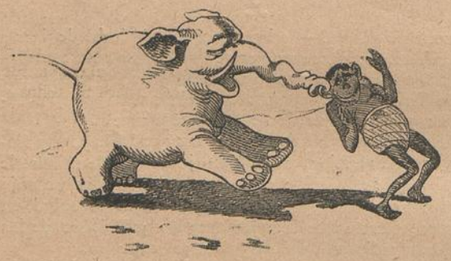
Aristóteles dijo que la esclavitud desaparecería de entre los humanos cuando el hombre se valiera de un mecanismo para mover la espuela y aplicar el látigo.

Biblioteca Nacional de España

NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS.

Quien bien come bien bebe. Tras suculento almuerzo de hojas de palma, nuestro elefante se encamina pian pian al abrevadero...

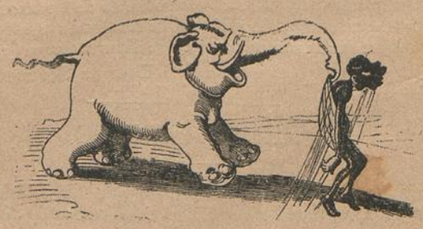
y cual si tomara duchas internas se arroja dentro del cuerpo más agua que no llueve en un año.



y agarrándole de la oreja,

velis nolis le lleva junto al estanque,

y le dispara cada chorro que tiembla el misterio...

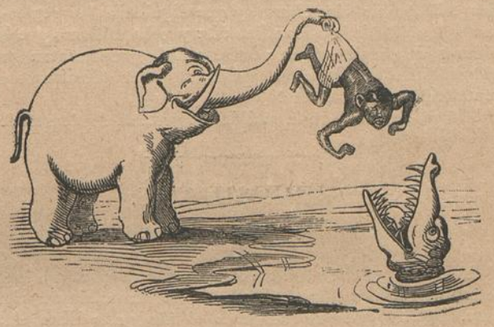


hasta que cansado ya de broma, lo coje por el orillo de la pampanilla

Al volverse para ir á echar la siesta, siente en salva la parte una punzada terrible que le arranca lágrimas de dolor;

y al volverse para rascarse repara en el traidor causante de la herida, y trompa en ristre echa tras él,

donde le zambulle repetidas veces



y con él se entretiene

y lo suelta en medio de un nopal,

cuyas espinas se convierten para el infeliz en otras tantas sactas.

Biblioteca Nacional de España

La predicción aristotélica puede suponerse cumplida á medida que desaparecen los últimos vestigios de la esclavitud, siendo sustituídas las labores del hombre por los maravillosos mecanismos producto de su ingenio.

En nuestros días el hombre es servido por esos esclavos de atléticas fuerzas cuya historia y progresos están escritos con las curvas de las vías férreas y cantados por el estruendo de las locomotoras.

Las líneas férreas de los pueblos de Occidente comprenden hoy un recorrido de cuatrocientos ochenta mil kilómetros.

Sobre la superficie terrestre corren actualmente unas ciento cincuenta mil locomotoras con cuarenta y cinco millones de caballos de vapor, á los cuales, unidos veintidós ó veintitrés millones de caballos que hacen funcionar las máquinas de fábricas y buques, puede suponerse hoy en ejercicio la fuerza de más de sesenta y siete millones de caballos de vapor.

Ahora bien: calculando que la fuerza de un caballo de vapor sea la de 2'55 caballos animales, ó la de 14'85 hombres, tendremos que los sesenta y siete millones de caballos de vapor con cuya fuerza contamos, representan la de ciento setenta millones de caballos verdaderos, ó sea la de novecientos noventa y cinco millones de hombres.

Para formarnos cabal idea de como se han desarrollado las fuerzas humanas por estos inventos que vienen á multiplicarlas, recordemos que en la Atenas antigua cada familia de ciudadanos libres poseía, por término medio, diez esclavos, con cuyo trabajo podían holgar y vivir descansados sus amos en tiempo de guerra.

Pensemos por esta proposición, que la población de España, dada aquella organización social, no representaría hoy dos millones de ciudadanos, y que siguiendo las reglas de multiplicación de la fuerza, los diez y ocho millones que habitan la Península—en la parte española—representan próximamente el esfuerzo que pudieran ofrecer doscientos setenta millones de esclavos!

¡Cómo se excede en la realidad la profecía de Aristóteles!

CURIOSIDADES.

Un eclipse total de sol es cosa muy rara para un lugar determinado. El astrónomo Halley halló (véase, Flammarión, Astr. pop., pág. 246) que desde el año 1140 hasta el de 1715, esto es, en un espacio de 575 años, no hubo uno solo en Londres; y desde 1715 hasta hoy, aquella gran capital no ha vuelto á ver otro. En París, durante todo el siglo XVII, no se vió más eclipse total que el del año 1654; en el siglo XVIII, el de 1724, y en el siglo actual no ha ocurrido ni ocurrirá ninguno.

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

Para niquelar objetos metálicos se sumerjen en un baño por el cual se hace pasar un corriente eléctrica; la composición es la siguiente: Sulfato de niquel puro 1,000 gramos; tartrato amónico neutro 725 gramos; ácido tánico etéreo 5 gramos; agua 20,000 gramos. El tartrato neutro de amoniaco se obtiene saturando con el amoniaco una solución de ácido tártrico. Se disuelven dichos ingredientes en tres ó cuatro gramos de agua y se mantienen en ebullición durante quince minutos, añadiendo luego el agua restante, y después se filtra, obteniéndose así el líquido propio para el baño, con el cual el niquelado resulta compacto, blanco plateado, de bastante espesor permanente, con la ventaja de no ser precisa una corriente eléctrica muy enérgica para obtener tal resultado.

LOS DOS RIVALES. (1)

(Episodio de la revolución mejicana de 1860)

POR

GUSTAVO AIMARD.

(Continuación.)

—¿Eh? exclamaron los dos pícaros súbitamente interesados; ¿mil onzas para nosotros dos?

—No, dispénseme Vds.; mil para cada uno.

Los bandidos, que sentieron una fascinación al oír la enunciación de aquella enorme suma, dirigieron una mirada de desconfianza al forastero; mas vieron á este impasible, sosegado, risueño.

—A ver, á ver, dijo Pedroso pasándose la mano por la frente, bañada de sudor, entendámonos. ¿Habla V. formalmente?

—Formalmente.

—¿Ha dicho V. mil onzas de oro?

—En efecto, mil onzas de oro.

—Bueno; se trata de jugar limpio, caballero.

—Por mi parte no deseo otra cosa.

—Quiero darle ejemplo de nuestra franqueza.

—¿Cómo?

—No ha sido V. víctima de nuestro supuesto error, caballero: bien sabe V. que nuestra intención era robarle.

—Lo sé, en efecto, señor; y más diré, si puede esto serles grato, que la habilidad con que ha obrado V. me ha satisfecho.

—Me colma V. de elogios, caballero, repuso modestamente Pedroso; pero volvamos al asunto.

—Volvamos; tengan Vds. la amabilidad de continuar.

—Ahora pues, con tal precedente y la historia que le hemos contado, no debe quedarle á V. la menor duda respecto de nosotros.

—Ninguna.

—Luego V. sabe que somos hombres para *cortar* al primero que se presente, por cien pesos y áun si es necesario por menos.

—Estoy convencido de ello, señores.

—Pues ¿cómo se explica que conociéndonos tan bien nos ofrezca V. una suma tan fabulosa?

—Este es mi secreto, señor; supongan Vds., si les parece, que por el precio elevado que doy á sus servicios, quiero disponer de Vds. á mi gusto, y ordéneles lo que les ordene estar seguro del cumplimiento de mis mandatos. Trátase pues solamente de saber si mis condiciones les convienen.

—Mucho, sean cuáles fueren; sólo una cosa nos preocupa, y es el modo del pago; no tome V. á mala parte, le ruego, esta observación; mas no tenemos la honra de conocerle, no sabemos quién es V. El negocio es el negocio; para tirar así dos mil onzas por un capricho ó por una venganza, preciso es que sea V. fabulosamente rico; por el tiempo en que vivimos el dinero anda muy escaso; nuestro encuentro aquí es fortuíto, y ya que entablamos relaciones serias y que tal vez no tardarán en ser íntimas, confieso, caballero, que no nos pesaría saber en seguida á qué atenernos, esto es, tener la certeza de cobrar íntegramente.

—Discurre V. admirablemente, señor Pedroso; no hallo palabra que reponer á lo que ha dicho; esa certeza la tendrá V. dentro de poco; mas antes importa que conozca las condiciones que pretendo imponerles, condiciones que, por supuesto, son Vds. libres de rechazar si les desagradan: me servirán Vds. sean cuáles fueren las órdenes que les dé; estas les serán trasmitidas de viva voz por un hombre de confianza que conocerán por una sortija que llevará en la corbata. Si la casualidad quiere que nos encontremos en público, no me hablarán ni me saludarán Vds., á menos que yo les autorice para ello. Cada vez que les emplée cobrarán Vds. veinte y cinco onzas, sin perjuicio de las mil prometidas, que les serán pagadas tan pronto como ya no tenga necesidad de Vds. Ahora respondan: ¿aceptan Vds.?

(1) Empieza en el núm. 1.

Biblioteca Nacional de España

—Aceptamos, caballero, respondieron á una los bandidos; tenga V. la amabilidad de enseñarnos la sortija.

—Esta es, dijo señalando la que le sujetaba la corbata.

—Bueno, la conoceremos, contestó Pedroso; esté V. tranquilo.

Buscó el forastero en la faltriquera de su chaqueta y sacó la bolsa que una hora antes Pedroso había intentado robar; la abrió é hizo saltar sobre la mesa una cantidad de onzas de oro.

Los bandidos seguían sus movimientos con ojos dilatados por la codicia.

Después de hacer dos pilas de onzas, dijo el forastero:

—Tomen Vds., aquí tienen veinte y cinco onzas cada uno; son las arras de nuestro pacto.

Los indianos saltaron sobre el oro y se apoderaron de él, haciéndole desaparecer con prontitud y destreza que hicieron sonreír levemente al forastero.

—Ahora, añadió éste sacando de una bolsita que colgada de una cadenilla de acero llevaba al cuello, la mitad de una moneda de oro francesa caprichosamente cortada, tomen ustedes esta moneda, y llévenla á Veracruz al rico banquero inglés Lizardi.

—Ya, le conocemos, y sabemos donde vive, dijo Pedroso.

—Mejor; solicitarán Vds. hablarle aparte y le entregarán esta media moneda; entonces él la recibirá diciéndoles que cuando le traigan Vds. la otra mitad les ha de entregar la suma convenida: ¿les basta esta prueba?

—Perfectamente, caballero, respondieron los truhanes inclinándose cortesmente.

—Yo guardo la otra mitad de la moneda; jueguen Vds. pues limpio conmigo, señores; si tratan de venderme no erraré el tiro.

—¡Vaya unas ideas se le ocurren á V., señor!

—No amenazo, aviso; les he dado una prueba ya de mi fuerza y destreza; no lo olviden.

—¡Caracoles! no lo olvidaremos.

—Dispense V., señor, dijo Carnero, una palabra más, si le place: creo que se ha olvidado V. de una circunstancia.

—¿Cuál?

—¡Demontres! Señoría, V. no nos ha pedido garantías...

El forastero interrumpió á los bandidos con una sonrisa, y después de encoger desdeñosamente los hombros, dijo con voz solapada:

—Me fío de su palabra; ¿no son Vds. caballeros? Y luego, franqueza por franqueza: no es el acaso quien aquí me ha traído, sinó que he venido ex profeso sabiendo que les hallaría; si bien ignoran Vds. quién soy, yo les conozco de larga fecha; si les he hecho contar su historia, era solamente para ver si pensarían Vds. en burlarme; mas confieso que no han tenido tal pensamiento. Ahora recuerden bien esto: el día que me acomode desentenderme de Vds., por oculto que sea el retiro que escojan para escapar de mi venganza, les hallaré, y aunque estuviesen en medio de veinte mil personas, no podrían sustraerse al castigo que hubiesen merecido.

Llamó entonces el forastero al amo y le dió algunos duros.

—Señores, añadió, ha llegado el momento de separarnos; no olviden Vds. nuestro pacto, y fíen en mí como yo fío en Vds. Adiós.

Y llevándose la mano al sombrero, se salió de la pulquería.

Los indianos, con aire atontado, le miraban salir.

El forastero desató el caballo, montó y se alejó al galope.

En el momento en que volvía el ángulo de la manzana, se cruzó con otro ginete que llegaba á rienda suelta.

Bajó el forastero rápidamente las alas de su sombrero, calándoselo hasta los ojos, y hundiendo las espuelas en los ijares del bruto, murmuró:

—¡Diablos, ya era tiempo!

Los guerrilleros habían vuelto á su asiento primitivo.

—¡Bueno, compadre! preguntó Carnero, ¿y qué piensa usted de todo eso?

—Que no lo entiendo, compadre, respondió humildemente Pedroso; si ese hombre no es el demonio, á lo menos debe ser su cercano pariente: temo que nos conozca demasiado.

—Nunca es uno demasiado conocido, querido compadre, y la prueba está en que debemos esta ganga á nuestra fama.

—Verdad; sin embargo, confieso á V. que por brillante que sea ese negocio, me inquieta mucho; hay alguna maquinación tenebrosa en el asunto.

—No se ha de ser brujo para adivinar eso; mas ¿qué nos importa? nosotros no somos sinó instrumentos; nuestro honor está á salvo y tranquila nuestra conciencia.

—Gran consuelo para nosotros en esta circunstancia, querido compadre; pero diga V. ¿hablaremos de este negocio á don Remigio?

—¡Ni por asomo; al contrario! ¿ya olvida V. las recomendaciones que se nos acaban de hacer? ¡Vive Dios! una indiscreción podría costarnos la vida.

Pedroso inclinó tristemente la cabeza, y apuró el vaso con gesto melancólico.

—¡Bah! el caso es que tengo veinte y cinco onzas en el bolsillo, dijo dejando el vaso en la mesa. ¡Vivir para ver!

En aquel momento se detuvo un caballero delante de la pulquería.

—Aquí está don Remigio, dijo Carnero.

—¡Por fin! añadió Pedroso, levantándose.

El caballero, sin desmontar se inclinó hasta el cuello del caballo, y gritó:

—¡Eh, Pedroso! ¡eh, Carnero!

—Señoría, respondieron los dos.

—¡Ea, á caballo! ¡el tiempo urge!

Los guerrilleros salieron al punto de la pulquería, olvidándose de pagar el gasto.

Guardose muy bien de reclamarles nada el pulquero, pues sabía con qué clase de parroquianos se las había.

—¡Buen viaje y que el demonio os tuerza el pescuezo! dijo cuando les vió fuera del alcance de su voz; suerte que el otro ha pagado por todos, añadió como por vía de consuelo; lo mismo da; pero me gustaría no tener que habérmelas con semejantes bribones.

Y refunfuñando fué á sentarse tras el mostrador.

CAPÍTULO III.

EL TÍO Y EL SOBRINO.

Pensativo se iba alejando de la pulquería el forastero; su encuentro fortuíto con el caballero á quien los bandidos dieron el nombre de don Remigio, había difundido por sus facciones un tinte sombrío y melancólico.

Sin embargo, don Remigio, que así se llamaba el recién llegado, no tenía, á lo menos en lo físico, nada que pudiese justificar la especie de repulsión que el forastero había sentido á su vista: era joven de veinticinco á veintiseis años, bien formado, y sus características facciones, ojos negros y retorcido bigote, daban á su rostro una expresión de confiada valentía y de humor jovial: su traje, entre civil y militar, tampoco tenía cosa alguna que inspirase la menor repugnancia, mayormente en aquel tiempo de guerra intestina en que estaba sumergido Méjico.

De la mirada fulminante que el forastero lanzara al paso á don Remigio, se había de inferir que entre ambos existía una pasión rencorosa, acaso uno de esos odios reconcentrados tan frecuentes en aquel país, y que á veces ni siquiera la venganza cumplida puede apagar.

Por ahora nos circunscribiremos á consignar que una expresión de tristeza había sustituído en el rostro del forastero á la irónica jovialidad que le animaba poco antes, y continuaremos siguiéndole.

Sin notar la curiosidad que su traje provocaba entre los léperos que encontraba en su camino, el forastero tomó por una senda abierta en frondoso bosque de estoraques y palmacristis, senda que seguía el tortuoso curso del río, del cual no distaba un centenar de pasos. Al salir del pueblo, el forastero había ido refrenando á su cabalgadura, y al llegar á un cuarto de legua de Medellín, poco más ó menos, vislumbró, al través del follaje, una hermosa quinta medio oculta entre grupos de árboles olorosos y cercada de un seto vivo de nopales, pitas y otras plantas espinosas, casi junto al cual se detuvo para mirar por encima; mas casi al momento se hizo vivamente atrás, y en vez de seguir su camino, se quedó

Biblioteca Nacional de España

inmóvil escuchando con muestras del más vivo afán dos frescas voces de jóvenes que cantaban un antiguo romance español, acompañándose con una vihuela al compás del jarabé:

¿Qué es esto, colorín mío,
revolando á mis ventanas
cuando yo te suponia
unido ya con tu amada?

Las cantatrices se callaron; y una de ellas prorumpió en súbita y argentina carcajada.

—¿Por qué te ríes así, Jesusita? preguntó su compañera dejando de tañer la vihuela.

—¿Por qué, querida Sacramenta? respondió la interpelada designando con aire burlón el sitio en que se encontraba el caballero, que sin duda se figuraba estar bien oculto; mira el jilguero de tu romance, que viene, no á volar á tus ventanas, sinó á suspirar junto al seto de tu casa.

Sacramenta volvió vivamente la cabeza ruborizándose.

La cara que puso el caballero, al verse descubierto, era tan lastimera, que las dos maliciosas jóvenes volvieron á reirse como locas.

—¡Hola, niñas! dijo una voz varonil que salió de la casa; díganme Vds. de qué se ríen con tanta gana para que yo comparta su alborozo.

Mas la alegría se heló al punto en los labios de las jóvenes al oir tan imprevista interpelación.

Doña Sacramenta se llevó un dedo á los labios para recomendar sin duda la prudencia al forastero, en tanto que doña Jesusita le decía con reprimido acento:

—No se detenga aquí más tiempo, don Miguel; mire usted á nuestro padre.

El caballero desapareció al instante tras el seto, y casi al punto se oyó el galopar de un caballo; un peón abrió la puerta, y don Miguel entró en el patio que precedía al jardín.

—¡Oh! exclamó el peón, ¡don Miguel de Cetina! ¡Qué dicha! mi amo hablaba de V. hace dos días. «¿No llegará mi sobrino?» preguntaba con aire de mal humor á las señoritas sus hijas.

(Se continuará.)

SOLUCIONES DEL N.° 2.

CHARADA: *Poesía.*
LOGOGRIFO: *Paris.*

PASATIEMPOS.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.

1 2 3 4 5 6 7—Libro famoso.
1 2 3 4 5 7—Ciudad.
5 7 1 6 4—En las casas.
3 2 5 4—Id. id. id.
5 6 2—Alumbra.
1 6—Consonante.
5— Id.

DON MIGUEL ESCUCHANDO Á LAS DOS JÓVENES TRAS EL SETO.

FUGA DE CONSONANTES.

.a .a.a .a.a .a.a
.a .a.a .a.a .a.a

Recomendamos á nuestros lectores la importantísima publicación semanal

LA ILUSTRACIÓN

REVISTA HISPANO-AMERICANA

16 grandes páginas papel superior

25 céntimos número en toda España, ó mandando 13 pesetas por un año (52 números) al editor Luís Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23, Barcelona.

Barcelona: Imprenta de Luís Tasso Serra, Arco del Teatro, 21 y 23.
Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Biblioteca Nacional de España